

Catherine Walsh

Editora

ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS

RETOS DESDE Y SOBRE LA REGIÓN ANDINA



**UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR**
Ecuador



**ABYA
YALA**

Quito, 2003



ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS
Retos desde y sobre la región andina

Catherine Walsh
Editora

Primera edición:
Universidad Andina Simón Bolívar / Abya-Yala
Quito, septiembre 2003
Diseño gráfico, armado e impresión: Ediciones Abya-Yala

Cubierta: Raúl Yépez

ISBN: 9978-19-050-3

ISBN: 9978-22-328-2

Los aportes publicados en este libro, son de responsabilidad de sus autores

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

¿Qué saber, qué hacer y cómo ver?

Los desafíos y predicamentos disciplinares, políticos y éticos de los estudios (inter)culturales *desde* América andina

Catherine Walsh | 11

I. ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS: PERSPECTIVAS CRÍTICAS

1. Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales
Walter D. Mignolo | 31
2. Apogeo y decadencia de la teoría tradicional.
Una visión desde los intersticios
Santiago Castro-Gómez | 59
3. Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder: crítica de la idea de ‘estudios culturales latinoamericanos’ y propuestas para la visibilización de un campo más amplio, transdisciplinario, crítico y contextualmente referido
Daniel Mato | 73

4. Historia de un asesinato por ocurrir, contado a la manera de una novela policiaca (o, colonialidad del poder y el futuro de los estudios culturales en América Latina)
Oscar Guardiola-Rivera | 113

II. (DES)IDENTIFICACIONES DISCIPLINARIAS Y LUCHAS DEL CONOCIMIENTO

1. Para una genealogía de la descolonización intelectual en los Andes
Zulma Palermo | 131
2. Literatura, subjetividad y estudios culturales
Mabel Moraña | 147
3. La literatura: entre el acontecimiento discursivo y la gesta real
Alicia Ortega | 153
4. La disciplina histórica en Latinoamérica. Una lectura con los estudios culturales
Alberto G. Flórez-Malagón | 159
5. Academia, lengua y nación: prácticas, luchas y políticas del conocimiento. Para una genealogía del campo académico en Colombia, 1853-1910
María del Pilar Melgarejo Acosta | 171
6. Génesis de la lucha disciplinaria: pugna por el control de una nueva nación colombiana, 1910-1950
Sandra Lucía Castañeda Medina | 189

III. (POS)MODERNISMOS, SUBALTERNIDAD Y VISIONES HISTÓRICAS

1. Pasados hegemónicos, memorias colectivas e historias subalternas
Alfonso Torres Carrillo | 197
2. Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley
Guillermo Bustos | 215

3. Familiares ocultos del discurso posmoderno sobre la cultura: utopía colonial y nostalgia fascista
Valeria Coronel | 243
4. Las nuevas aventuras de la vanguardia en América Latina: modernismo, mímica poscolonial y el mobiliario de Beatriz González
Víctor Manuel Rodríguez | 267

IV. TECNOLOGÍAS Y PRODUCCIONES DEL CONOCIMIENTO

1. La tecnicidad en búsqueda de los datos duros: estudios culturales y economías pedagógicas
Regina Harrison | 291
2. Descolonizar las tecnologías del conocimiento: video y epistemología indígena
Freya Schiwy | 303
3. La investigación de campo en los estudios culturales. Presuposiciones, fundamentos, amplitud y validez a partir de una etnografía en los Andes ecuatorianos
Miguel Huarcaya | 315

II

(DES)IDENTIFICACIONES
DISCIPLINARIAS Y LUCHAS
DEL CONOCIMIENTO

LA LITERATURA: ENTRE EL ACONTECIMIENTO DISCURSIVO Y LA GESTA REAL

*Alicia Ortega**

Me interesa, con el propósito de plantear la relación fundacional que existe entre los estudios literarios y los estudios de la cultura, destacar el lugar de la literatura como espacio de aprendizaje de las ciencias sociales. En ese espacio convergen diversas disciplinas para configurar una perspectiva operativa desde donde indagar e interpretar el acontecer social. Esta perspectiva supone una *noción espacial* –dónde me sitúo para leer una escena cultural– y una *noción narrativa* –cómo relato aquello que capturo desde mi registro visual (que es a la vez inserción espacial) para reconstruir sentidos o imaginarios de pertenencia y de identidad.

Sabemos que la realidad no existe fuera de un relato que la narre y de una mirada que, al recortarla desde una cierta perspectiva visual, la funda: el punto de vista humano supone siempre un punto de vista narrativo. Mi interés académico ha girado en torno a la ciudad y, en particular, a su representación en el discurso literario. Dónde puedo indagar esa ciudad interior que se repliega sobre los afectos de sus habitantes, aquella que se traza en un mapa hecho de lugares frecuentados y, por eso mismo, cargados de afecto y de memoria. Esa ciudad nos reconcilia con nuestra propia

* Profesora de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador y alumna del Programa de Doctorado en Literatura Latinoamericana, University of Pittsburgh (EE.UU.).

historia, en la medida en que reconocemos lugares que no dejan de acompañarnos en una suerte de geografía portátil. Esa ciudad necesariamente se encuentra implicada en un relato, una crónica, una novela, una historia de vida que –al enunciarse– constituye la ciudad desde adentro y posibilita a unos ciudadanos reconocerse como sujetos de una palabra que los coloca en una trama cultural hecha de negociaciones, intercambios, desplazamientos y recuerdos.

No cabe duda de que la literatura ha sido leída muchas veces como documento que testimonia los avatares de una cierta época, como discurso representativo de una configuración social, como instancia modeladora de subjetividades y saberes, o como archivo donde es posible leer la emergencia de un proyecto cultural colectivo. Sin embargo, lo que me interesa destacar son esos tramos discursivos donde el escritor inaugura una manera de interrogar al mundo al exponerlo bajo una óptica diferente que ilumina zonas antes no percibidas. Ese relato se convierte, muchas veces, en una suerte de emblema que moviliza sensibilidades, preguntas y estrategias de indagación. Qué mayor emblema que la figura de nuestro chulla Romero y Flores (Icaza, 1985 [1958]) para pensar el drama del mestizo urbano, el problema de la identidad, la mezcla chola del paisaje ciudadano; y, sobre todo, para destacar el irreconciliable diálogo intercultural entre las voces y las sombras tutelares que nos constituyen. Cualquier trabajo de racionalización sobre el mestizaje y sus identidades no estará completo si no atiende la novela de Jorge Icaza.

Se ha sostenido que el Ecuador entra a la modernidad bajo un bautizo de sangre de la clase obrera, que tuvo lugar el 15 de noviembre de 1922. Pienso que la novela *Las cruces sobre el agua*, de Joaquín Gallegos Lara (1993 [1946]) es el mayor emblema del puerto de Guayaquil de comienzos de siglo: el aroma del cacao, los inmigrantes andinos, el incipiente movimiento obrero, el habla popular, las pestes, los montuvios, las fábricas, los tranvías eléctricos y de mula, la llegada del cine y de los primeros autos. Pero, sobre todo, lo que esta novela revela es la movilización de un pueblo y la imagen de una isla de cruces negras flotando sobre el río Guayas. Habría que preguntarse si ese emblema de cruces negras flotando sobre una ría, como hecho de memoria y de referente político, no sobrevive en el imaginario colectivo en un discurso que confunde novela y gesta real.

Humberto Salvador (1993 [1930]), uno de los primeros narradores urbanos con que cuenta Quito, publica en 1930 *En la ciudad he perdido*

una novela. Este texto se caracteriza por la ausencia de un argumento a la manera tradicional, pues la novela misma supone una reflexión sobre la práctica novelesca y una búsqueda que arrastra al narrador, desesperadamente a través de las calles, en pos de una mujer y de una perspectiva para escribir el libro. Esta persecución supone una serie de recorridos y desplazamientos, a través de los cuales el narrador construye el texto que leemos y, a la vez, el texto de una ciudad que cotidianamente revela fragmentos de novelas alucinadas.

Esta novela perdida en la ciudad está hecha de pequeñísimas situaciones apenas evocadas: historias de amor inconclusas, retazos y jirones humanos que destellan como promesas de relatos: el mendigo que está en la puerta de San Francisco; la señorita que solo sale en auto cerrado y que anunciaría un episodio de emoción ultramoderna; el murmullo de los cubiertos en una mesa para dos; el hombre que viste de negro y cruza taciturno las calles; las leyendas que almacenan las piedras, la quebrada y el puente del barrio El Tejar; el embrujamiento que palpita en las casas coloniales. En suma, el narrador quiere hacer una novela desde aquellas situaciones transitorias pero intensísimas que conoce el practicante de la ciudad:

Algo más interesante que la vida del Estado, me tenía abstraído: los zapatos de Victoria. Siempre he amado a los zapatos de las mujeres. Son bellos como un beso fugaz. Su curva suave tiene contornos de corazón [...] Ahora, que no puedo pararme junto a los escaparates, permanezco en las esquinas de las calles para ver pasar a los zapatos, que desfilan su alegría con ondulación galante (*Ibíd.*: 99).

¿De qué nos hablan esos zapatos de mujer que devienen, desde la mirada del narrador, en algo más interesante que la vida del Estado? Esa visión moviliza una pasión fetichista que rodea al objeto contemplado de una experiencia erotizada, y, sobre todo, esa percepción coincide con la intuición del coleccionista (Benjamin, 1969). Para ese fisonomista de los objetos, el mundo está presente en cada una de sus piezas. Es precisamente la pasión del coleccionista la que destaca cada uno de esos objetos como una rebeldía contra lo típico y clasificable, en el afán de proveerse de bienes minúsculos y residuales que testimonien una época, unas prácticas y unos diálogos. Ese gesto colector es casi una reconquista de lo primitivo que aún pervive como guiño fugaz.

En definitiva, se trata de una mirada que el discurso literario construye para destacar los lugares, las cosas, las emociones, los gestos, las in-

tensidades y los olores de los cuerpos que trazan el devenir de la historia a ras del suelo. Esa historia microscópica de la vida cotidiana, hecha de linfa, sudores, ardores y caprichos. Es así como la literatura inventa e instituye una mirada fundacional o un archivo de indagación para otras disciplinas. ¿No se monta acaso Walter Benjamin sobre la mirada de Baudelaire para descubrir una nueva forma de lo erótico en la experiencia de la multitud urbana y para comprender el ser de la modernidad desde la perspectiva de su marginalidad?

Se puede pensar al discurso literario como un espacio de aprendizaje, en el sentido de que allí se funda un mundo que se expone desde adentro. *Los pasos perdidos* de Carpentier (1985 [1953]), por poner un ejemplo, no solo da cuenta de la tragedia del hombre moderno y su ansia de fuga en pos de la ciudad que nacería en el alba de la historia, sino que inventa un mundo atravesado por la agonía, el asombro, el estupor y la fascinación de un personaje que hilvana eso que podría definirse como una totalidad histórica. Una historia que incorpora ciudades implacablemente ordenadas, retablos urbanos, topografías intelectuales, prostitutas errantes, inmensas llanuras de silencio, rituales funerarios, pasiones carnales y lluvia de mariposas.

Esta mirada desde adentro destaca fragmentos del mundo en una escritura que bien puede definirse como protoetnográfica, puesto que recoge y atiende el acontecimiento humano que fluye en los múltiples lugares del habitar, de la memoria, de las prácticas y del ensueño.

Dónde leer los intersticios más violentos, rumberos y pasionales de Medellín sino, por ejemplo, en la novela *Rosario Tijeras*, del colombiano Jorge Franco (2000 [1999]). Allí adquieren vigencia discursiva el mundo del narcotráfico, los flujos migracionales; el rostro de una ciudad que se reconstituye precisamente en el acercamiento violento de mundos diversos: los que llegaron del campo buscando lo que todos anhelan en una cultura del ‘rebusque’, los duros de los duros que bajaron a otros de las comunas para mostrarles las bellezas que hace la plata, los sicarios, la guerra, los satánicos y los pandilleros.

Manuel Delgado (1990) señala, en su libro *El animal público*, que el estudioso de la ciudad contemporánea debe proveerse de una mirada capaz de dar cuenta de sus múltiples sucesos, de su tendencia a la fragmentación, de las zonas umbrales marcadas por la fluidez ininterrumpida y de las sociedades efímeras. Se trataría, entonces, de una visión capaz de capturar el acontecer de espacios de pasajes y de tránsito; de esos lugares en

los que proliferan y se entrecruzan relatos o fragmentos de relatos que hacen y rehacen la ciudad desde los lenguajes del cuerpo, del sueño y de la desobediencia. En el texto mencionado, Delgado plantea que la literatura –como también la crónica– provee de modelos visuales al antropólogo urbano o al etnólogo de las calles. La escritura literaria ejercería una suerte de etnografía de lo invisible, de lo inconstante, de lo incierto y, en este sentido, supone ella misma un archivo de gestos, hábitos, rutinas y recuerdos. Quizá la literatura constituya la realización de la utopía coleccionista; el almacén de esos juguetes y objetos minúsculos que, como huellas del acontecimiento humano, perseguía Benjamin con tanto afán.

Quiero retomar la idea de la literatura como instancia modélica de entrenamiento visual e insistir en el carácter de la historia que ella cuenta. ¿Qué supone la muerte del hijo transformada en motivo poético? ¿Qué significa esa muerte como hecho de cultura? *El sollozo por Pedro Jara* (*estructuras para una elegía*), de Efraín Jara Idrovo (1998), es sin lugar a dudas uno de los textos mayores de la poesía ecuatoriana. Este poema consta de 363 segmentos versales, distribuidos en cinco series temáticas, cada una de las cuales presenta tres desarrollos. La condición autónoma de los segmentos y su similitud morfosintáctica los tornan intercambiables y posibilitan una múltiple combinación de lecturas y de sentidos (*Ibíd.* “Propósitos e instrucciones para la lectura”: 271-278).

Las cinco partes del poema se organizan a partir de la progresión temática, desde el nacimiento del hijo –“el radiograma decía / “tu hijo nació. Cómo hemos de llamarlo”– hasta su muerte –“en verdad / ¿fue verdad? / ¿eras tú quien colgaba de la cadena del higiénico? / como polea inútil de una construcción abandonada?”– y la evocación final en la memoria –“ardes en la memoria / como las viejas tonadas de la tribu en los labios de los adolescentes”. En el poema se destaca la voluntad del poeta por unir la intemporalidad de la piedra y el aniquilamiento humano, desde la certeza paradójica de pretender un deseo imposible –“hechoparaempiedraendurar / hechoparaperdurar [...] / pero todo cuanto se enciende en el corazón o el tacto / se infecta de perecimiento”.

¿De qué está hecho el archivo que registra el luto, el abatimiento y la inmovilidad que antecede al furor subterráneo? El acontecimiento íntimo de la muerte del hijo se transforma, por efecto de la palabra poética, en evento histórico. El hablante lírico conjuga una historia que se enuncia desde una subjetividad hecha de rastros de piedra, de polvo sollozante de los adioses, de goterones de silencio, de la indecisión de la lágrima, de

tumbas, ofuscación y desmesuras. ¿Qué aporta a la memoria de la cultura estas figuraciones de lo intangible, de lo desmedido, de la dispersión, de la fragilidad y lo fugitivo? El poema deviene en emblema de un recuerdo, en monumento que representa no los grandes episodios de la historia manifiesta; sino los avatares de una historia oculta, hecha de infinitos relatos que entrecruzan la memoria individual y colectiva. Benjamin sugería “hacer historia con los desechos de la historia”, quizá no exista acaso mayor desecho que la indolencia de un cuerpo inerte que, sin embargo, al anunciar su descomposición configura un acontecimiento que recrea e inscribe una historia secreta –hecha de errores, afanes, delirios y extravíos– más próxima al origen y a las complicidades.

¿Qué rige entonces la aparición del acontecimiento que, por singular e inquietante, no deja de convocarnos a una lectura atenta, intensa y reflexiva? Lo que leemos en el poema es precisamente una subjetividad que configura el acontecimiento, le otorga un lugar en el discurso y le da cabida en la historia. “Nosotros / los insensatos / los alimentadores de desmesuras y de tumbas / los que nos desvelamos / por saber qué hacemos aquí...”.

Podemos concluir que en la constitución del acontecimiento, como en el registro de la historia, lo que prima es la perspectiva que narra el acontecer y, de allí, la confusión permanente entre acontecimiento narrado y realidad: la literatura es la realidad y la realidad es la literatura.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benjamin, Walter. 1969. *Reflexiones sobre niños, juguetes, libros infantiles, jóvenes y educación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Carpentier, Alejo. 1985 (1953). *Los pasos perdidos*. Madrid: Cátedra.
- Delgado, Manuel. 1999. *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Franco Ramos, Jorge. 2000 (1999). *Rosario Tijeras*. Barcelona: Mondadori.
- Gallegos Lara, Joaquín. 1993 (1946). *Las cruces sobre el agua*. Valencia: EDYM.
- Icaza, Jorge. 1985 (1958). *El chulla Romero y Flores*. Quito: Libresa.
- Jara Idrovo, Efraín. 1998. *El mundo de las evidencias. Obra poética, 1945-1998*. Quito: Libresa (La primera edición del *Sollozo por Pedro Jara* es de 1978).
- Salvador, Humberto. 1993 (1930). *En la ciudad he perdido una novela*. Quito: Libresa.